

inteligencia no repugna creer en la potestad que creó, en el amor que rescata, en el espíritu que ilumina.

Para el hombre caído por el pecado, ¿la rehabilitación no emana toda del misterio de un Dios encarnado en el seno de una Virgen? ¿No provienen desde mil ochocientos años atrás, todos los mas dulces y mejores consuelos acordados á los hombres, del pesebre de Bethlehem?

Y cuando despues de una larga vida, manchada de pecados, de inconstancias y de reincidencias en el mal, es el culpable purificado al fin por la penitencia y el arrepentimiento, ¿no es al Dios crucificado á quien eleva sus miradas y sus plegarias? ¿No es, pues, de allá del Calvario, de donde le vienen la esperanza y la paz?

Con el dón de inteligencia, el cristiano, sin escudriñar los misterios, comprende perfectamente sus beneficios.

El DON DE CONSEJO, es una luz sobrenatural que esclarece nuestro entendimiento, y que nos hace conocer los medios mas seguros para llegar al cielo, nuestra grande y verdadera patria.

El dón ó el espíritu de consejo, segun San Bernardo, regla aquello que debemos hacer, y nos lleva á reflexionar sobre lo que hemos hecho.

San Juan Crisóstomo definia tambien el mismo dón: *El espíritu de consejo es para el alma lo que el ojo para el cuerpo.*

Es por este resplandor de lo alto, con el que podemos marchar con paso firme y seguro en el sendero de la vida.

El hombre no tarda en sentir la necesidad de ser iluminado por Dios. Para todos nosotros llega un dia el momento terrible y solemne en que tenemos que escojer un estado. Si entonces no poseemos el dón de consejo, ¿cuántos riesgos no corremos de engañarnos y de tener durante todos los dias que nos fueren concedidos sobre la tierra, que arrepentirnos de una vocación equivocada!

Acá abajo, en nuestro valle de lágrimas, hay dos caminos que cruzan y se contrarían; y el discernimiento humano no es suficiente para hacernos tomar aquel que debe conducirnos á nuestro contento en esta vida, y á nuestra eterna felicidad en la otra.

El hombre tiene dos grandes deberes, á los cuales se refieren todos los otros; glorificar á Dios y salvar su alma.

Para atender á este doble objeto, no sigais (así nos lo dice la sagrada Escritura) los senderos floridos del mundo; conducen solo al ruido y la disipación: el hombre que quiere seriamente buscar ó dar un buen consejo, debe alejarse de todo aquello que pueda distraerlo ó aturdirlo: en la calma, en el recojimiento y en el silencio, es en donde se obtienen las buenas y saludables inspiraciones.

¿Dónde encontraremos tan bien la paz del alma, como al pié de la Cruz? ¿Las pasiones no se acallan mejor allí que en ninguna otra parte? Hé ahí, pues, donde se necesita ir, para entender bien *el espíritu del buen consejo*. Cerca del árbol de salud se aprende mejor que en la escuela de los sabios á salvar su alma, y á dirijir á aquellos que se fían de nosotros, para que los pongamos en el camino del cielo.

“Es allí, al pié de la Cruz, donde encontraremos el refugio contra los enemigos, la dulzura de la gracia, la fuerza del alma, la alegría del espíritu, la perfección de las virtudes, y el colmo de la santidad.

“No hay otro camino como el de la Cruz para llegar á la vida, y para adquirir una paz interior y verdadera.

“Marchad donde querais, buscad cuanto se os antoje; no encontraréis jamas camino mas excelente para elevaros al cielo, ni mas seguro para evitaros caer en el peligro, que aquel de la Cruz de Jesucristo (1).”

Es preciso colocar en el número de las gracias mas eminentes el dón de consejo. Es una llama luminosa, es un brillante sol, que disipa las tinieblas y las nubes que elevan nuestras pasiones sobre los senderos que tenemos que atravesar acá abajo.

¿Iréis á pedir al mundo el modo de escapar de sus peligros? El mundo es un viejo niño ciego que os conducirá á vuestra perdición. Si queréis que vuestra barca no zozobre, no le confiéis el timón á un piloto ebrio: el mundo está siempre embriagado en sus placeres, aturdido por sus tropelosas locuras, incapaz de aconsejar bien. Si queréis ser conducido al puerto con seguridad, buscad aquel que habiendo estudiado los escollos, los conozca para evitarlos. El buen piloto mira frecuentemente al cielo, porque las estrellas lo guien: el hombre mundano jamas dirige sus miradas á este punto, y las fija siempre en la tierra. Fiarse en ella, es querer perecer.

Ansiemos, pues, que el espíritu de consejo descienda sobre cada uno de nosotros y de nuestras familias, porque sin él se pierde el hombre, las familias se desorganizan, el estado corre á su ruina.

Desde hace mucho tiempo, el espíritu del siglo se ha puesto en evidente oposición con el espíritu de Dios. El filosofismo ha ido á asentarse sobre las alturas de la sociedad, y desde su advenimiento al poder, se diria que el *dón de consejo* se ha retirado de esta Francia, otro tiempo tan cristiana, tan amada, tan protegida del cielo. Ved si nó lo que es en el dia.

“Esto no es ya solamente un desórden político (2) sino una desorga-

(1) *Imitacion*. Cap. XII.

(2) Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans.

nización moral de una profundidad inaudita, que se revela contra todas las clases de la sociedad humana, desde un extremo á otro de la Europa. La autoridad y el respeto, estas dos grandes y santas obras, estos dos lazos providenciales de la armonía social, no son al presente mas que lazos rotos. ¿Quién es el que sabe en el día á quién puede mandar? ¿Quién es el que quiere obedecer?

“La autoridad digna, la autoridad grande, la autoridad fuerte, bienhechora, que viene de lo alto; la autoridad, en fin, que protege y que salva, ¿dónde está?

“; Y el respeto! El respeto á nosotros y á los demas; el respeto á Dios; el respeto á nuestros padres; el respeto á los magistrados y representantes del poder público; el respeto profundo, religioso, inmutable, divino; el respeto que eleva, que ennoblece aun mas al que lo tributa que al que lo recibe. ¿dónde está?

“Despues de tantos años en que la fé y la caridad cristiana han dejado de iluminar, de enardecer, de fortificar y de unir las almas; el egoismo, el individualismo, constituyen la esencia de la sociedad á que está ligada nuestra vida. Así, todas las veces que el viento de las revoluciones se eleva sobre ella, es como en un desierto; no se encuentra resistencia. Todo es débil, todo es solo, todo es arena, todo es polvo, todo elevado á la ventura: en un día, en una hora, las llanuras ocupan el lugar de las montañas, y las montañas el lugar de las llanuras.

“Cuando uno ha sido testigo de semejantes dias, no se puede menos de escribir con San Agustin: “Cuando dirijo de un extremo á otro de la tierra las miradas, no descubro un solo hombre que pueda salvar el imperio.”

Ahora: yo apelo á todo hombre de sentido, de lealtad y de fé; á todo hombre que habiendo vivido medio siglo, se acuerde de lo que ha visto en su juventud, y de lo que ve en el día: yo le pido, yo le conjuro á que me diga con toda la fé de su conciencia, puesta la mano sobre el crucifijo, si no tiene la convicción íntima y formal, de que el estado de perturbacion, de desórden, de delirio, en el cual vemos agitarse y vacilar al presente la Francia y la Europa, no provienen mas que de la embriaguez de las doctrinas impías.

Yo conjuro á este hombre de buen sentido y honradez, siempre segun su conciencia, para que respondá á esta última pregunta.

Si la Francia hubiese permanecido siendo la Francia de San Luis; si los mandamientos de Dios y de la Iglesia no hubiesen sido olvidados; si la fé hubiese subsistido viva, la Cruz honrada, los altares respetados; si el domingo se hubiese reputado por nosotros como lo fué por nuestros

padres, el día de seña y de reposo santificado; el día de reunion para la familia, y de asistencia á la parroquia, ó en el hogar paterno, si la aridez del egoismo no hubiese venido á reemplazar en la sociedad y entre las masas populares la ardiente caridad y las generosas y cristianas doctrinas de las abnegaciones y de los sacrificios; en fin, si el perjuro por instigacion del interes personal no hubiese brotado de golpe como una planta emponzoñada sobre la tierra de los lirios y de la sinceridad, para hacer caer en menosprecio la santidad del juramento, ¿nuestra desgraciada patria seria tal como la vemos en nuestros dias?

Nó: para salvarnos de las desgracias, de las miserias y de nuestros terrores por el porvenir, no falta mas que una cosa: acordarse de los preceptos del catecismo, seguirlos y obedecer sus mandamientos.

El ESPÍRITU DE FUERZA dá al cristiano un valor sobrenatural que lo lleva hasta el extremo de confesar sin debilidad la fé de Jesucristo: este espíritu animaba á los primeros fieles, cuando rehusaron sacrificar á los falsos dioses, y cuando, sobre los potros de tormento, las ruedas y las cruces, el aceite hirviendo y los hornos encendidos, proclamaban por verdadero Dios al Dios crucificado.

Este mismo dón de fuerza es el que nos provee de armas templadas en el cielo, y á prueba de las perfidias de Satanás. . . . Con la gracia de este dón del Espíritu Santo, podemos luchar contra los enemigos de Dios y de la fé, y sobrepujar las tentaciones del demonio, y las seducciones del mundo.

Hace muchos siglos ha colocado el infierno un ídolo en medio de la sociedad humana, ante el cual, tanto los hombres como los pueblos se inclinan al pasar. Los grandes y pequeños, los fuertes y los débiles, incensan este falso Dios. Y se ha visto, y aun vemos todavía, grandes hombres, poderosos monarcas, sacrificar á esta ruin divinidad. . . . al RESPECTO HUMANO.

¡Oh! Ciertamente, despues que el pecado original ha degradado nuestra naturaleza; despues que la decadencia, la inercia y la vileza han reemplazado la fuerza de que el Criador habia dotado á nuestro primer padre, los socorros del cielo han sido siempre indispensables á la humanidad: pero lo digo con toda verdad, si Dios no hubiese dado todavía á su Iglesia el sacramento de la confirmacion, seria necesario que nos lo otorgase al presente. Jamas, jamas la fuerza cristiana ha faltado tanto en el mundo.

Los orgullosos se abaten, las grandezas se degradan, las potestades se enervan, las nonbradías se oscurecen, bajo el influjo de una incomprendible y miserable vergüenza; y esta vergüenza no nace ni de sus defec-

tos ni de sus vicios (lo que por otra parte estaria puesto en razon): tal sonrojo nace de marchar bajo el estandarte de la Cruz, de servir á Dios, como él quiere ser servido.

Todas las clases de la sociedad se resienten de la infernal malicia de Satanás: un temor culpable, una indecible cobardía, se aposenta en los corazones de los hombres que se jactan de valor y de fortuna. El temor de desagradar al mundo, retiene en la servidumbre de las pasiones á un número infinito de almas de buen temple de quienes se debia esperar mas.

¿Por qué avergonzarse, sin embargo, por qué sonrojarse de adorar el Dios de sus padres, el Dios de sus antepasados, el Dios de su país, á causa de la sonrisa ó el desden de los impíos? ¿Qué! Porque los incrédulos se rian de nuestra fé, de nuestra esperanza en el Señor, ¿afectaremos menospreciarlo? ¿Renegarémos ante esas personas que no podemos menospreciar? El Todopoderoso, el soberano Criador de todas las cosas, aquel que nos ha permitido, que nos ha mandado llamarle NUESTRO PADRE, no será para nosotros mas que nuestra Divinidad sagrada, mientras el mundo tiene nuestros homenajes y nuestro culto declarado... El Dios del cielo y de la tierra, ¿no valdrá para nosotros mas que un dios doméstico, y le confundirémos con los ídolos encerrados otras veces en el hogar ó en el recinto de cada familia; y nos contentarémos como Raquel, con adorarle sin noticia de nuestros hermanos?

¿Oh, nó! no seamos tan cobardes; no descendamos á tan baja abyeccion. Se condena á muerte al soldado que deserta de su bandera, ¿y podemos estimar al cristiano que se sonroja de JESUCRISTO! No queremos infamar la cobardía: esto es mas que insultar el honor.

Acabemos de revelar nuestra gran miseria; acabemos de poner al descubierto nuestra llaga. Para curarla, es preciso recurrir al médico de las almas, porque los hombres nada pueden; su patrimonio es la debilidad; y para librarnos de nuestro desfallecimiento, solo la fuerza de lo alto, la que dá el Espíritu Santo es la que debemos pedir.

En los primeros siglos de la Iglesia, el *dón de fortaleza* poblaba el cielo de mártires; el heroísmo cristiano daba á los fieles una noble y santa ambición, aquella que hacia sellar con su sangre su fé y su esperanza en el Señor Jesus. Al presente, no tenemos á la vista los verdugos, los tormentos y los suplicios; los lictores de los emperadores paganos no vienen á arrancarnos de nuestro hogar doméstico, para arrastrarnos á los templos de los falsos dioses: ¿ay! nosotros mismos nos dejamos ir por una pendiente risueña y florida. No encontramos los ídolos de mármol y de bronce, de plata y de oro, los dioses del Olimpo, no existen, sus es-

tatuas se han fundido ó reducido á polvo... pero lo que no se ha ido, lo que no se ha destruido ni reducido á polvo, son nuestras pasiones. A ellas tributamos nuestros inciensos; y las adoramos en una elegante y voluptuosa molicie, recostados en soberbios cojines, y en medio de flores... Este culto es el de una inmensa multitud, y se celebra en medio de los placeres mas seductores, y de los conciertos mas armoniosos.

¿Quién será bastante poderoso para arrancarnos á esta adoracion de nosotros mismos? El espíritu de fuerza que nos viene del cielo. Con la ayuda de sus luces veremos, cuánto es este culto miserable y vergonzoso. Es, el divino Paráclito, quien de estas muelles y envilecidas delicias, nos trae al culto puro y severo de la Cruz.

Este espíritu de fuerza nada ha perdido de su primitiva virtud, y nosotros lo recibimos, en el sacramento de la confirmacion, tal como los primitivos cristianos lo han recibido por la imposicion de manos de los Apóstoles. Así pues, no digamos mas que no podemos despojarnos de nuestros vicios y romper las cadenas de nuestras pasiones. Si queremos, si recibimos dignamente los dones del Espíritu Santo, seremos tan fuertes, tan intrépidos, tan heróicos, como los primeros mártires. Tenemos la misma sangre, la misma carne, el mismo cuerpo que aquellos que tenian hambre y sed de sufrir, de morir por Jesucristo; tengamos la misma fé, la misma esperanza, la misma caridad; tendrémos el mismo valor, y como ellos, estarémos dispuestos á sacrificar hasta la última gota de nuestra sangre por el Señor Eterno.

Uno de los mártires primitivos, que deseaba mas ardientemente inmolar su vida al Dios muerto por rescatar al hombre, fué un viejo, un obispo, Ignacio de Antioquía (1); pastor de una dulzura angelical, una piedad expansiva, una tierna é inalterable caridad, se habia hecho el ídolo de su rebaño. Luego que Trajano lo condenó á servir de espectáculo al pueblo ocioso de Roma, Ignacio no respondió mas que estas palabras: "Yo os doy gracias, mi Dios, porque habeis querido honrarme con este testimonio de vuestro amor, permitiendo que sea encadenado como Pablo vuestro apóstol."

Paseado así por las ciudades y villas, desde Antioquía hasta Selencio y Smirna, en todas partes encontraba el noble cautivo á los obispos, los diáconos, los fieles, mandados por las iglesias para darle socorros, unirse á sus plegarias, y recibir sus bendiciones paternas. Enseñaba todavia el santo sacerdote, confortaba los débiles, consolaba los aflijidos. Hu-

(1) Roma Cristiana, por E. de la Gournerie.

bieseis dicho que era un bienaventurado, insensible al mal propio, y que consagraba toda su compasión á nuestros sufrimientos.

Luego que los cristianos de Roma lo tuvieron cerca de la ciudad, corrieron á su encuentro, y le recibieron con esa alegría, con ese entusiasmo de los hermanos que sufren y esperan juntamente. Había allí muchos que querían esparcirse entre el pueblo para buscar modo de enternecerle y hacerle pedir el perdón del santo viejo; pero Ignacio les dijo, y les repitió en una admirable carta.

“Temí vuestra caridad; sospecho que no tengais por mí una piedad demasiado tierna.... Dejadme servir de pasto á los leones ó á los osos; es un camino demasiado corto para llegar al cielo.... Yo soy el trigo de Dios: él hace que yo sea triturado para amasar un pan digno de ser ofrecido á Jesucristo....

“¿Cuándo gozaré del espectáculo de estas bestias del circo preparadas contra mí? ¿Quisiera encontrarlas enfurecidas y ávidas de su presa! Yo las acariciaré; mas para que se apresuren á devorarme y no para que me contemplen como á esos mártires, á quienes no se atreven á aproximar. Si vacilaren, yo sabré provocar su furor. Dejadme obrar; yo conozco mis intereses. Desde este momento es que empiezo á ser discípulo de Jesucristo. Yo no desearé mas nada, ni sobre la tierra ni en el cielo, con tal que lo posea. Que sea lanzado al fuego, crucificado, arrojado á las bestias; que sean mis huesos dispersados; destrozados mis miembros, todo mi cuerpo hecho pedazos en los tormentos; que el demonio descargue sobre mí toda su rabia; todo lo sufriré con valor, con tal que posea á Jesucristo.

“Hermanos míos: os suplico no me impidais vivir, queriendo impedirme morir. Cuando yo quiero ser de Dios, no interpongais el mundo entre él y yo; no pretendais arraigarme á este mundo. Dejadme lanzar hácia esa luz pura, en cuyo seno devo volver á ser verdaderamente hombre. Quiero imitar los sufrimientos de mi Dios. Si alguno lo tiene en su corazón, comprenderá bien esto que yo pruebo ahora; poseerá los sentimientos que poseo; sentirá el ardor que me anima.....

..... No envidieis, pues, la felicidad que me ha tocado, y si en medio de la lucha imploro vuestro socorro, no me escuchéis; creed mas esto que os pido ahora; porque os escribo viviendo en Jesucristo, é impaciente de morir por él. Mi amor es crucificado: el fuego en que me devoro no puede sufrir cosa alguna que lo tempere. Aquel que vive en mí, que habla en mí, me grita: Ven á tu padre. Yo no tengo hambre de un alimento corruptible, ni sed de los placeres de este mundo. No quiero otro alimento que el pan de Dios, la carne de Jesu-

cristo, que es nacida de la raza de David; ni otra bebida que la sangre, que es el amor inmortal.”

En aquellos días en que el ángel de la muerte recojía á puñados los laureles de la tierra para adornar el cielo, dos mugeres, otras dos madres de los Macabeos; Sinforosa, viuda de un tribuno, sus siete hijos y Felicitas, señora romana, con el mismo número de hijos, murieron confesando á Jesucristo, despues de haber asombrado é incomodado á sus verdugos, por su inalterable serenidad en medio de los tormentos.

Como los dones del Espíritu Santo nada pierden de su virtud por el trascurso de los siglos, la Iglesia y la historia han tenido sus mártires en todos los tiempos. Ved aquí un ejemplo de valerosa persistencia en la fé, que merece ser referido. Le he tomado en la vida de San Pio V (1).

La isla de Scio, situada en el mar Egeo, entre Samos y Lesbos, descansaba en los tratados de la confederacion, que la unian, mediante un tributo, al imperio Otomano. Gozaba de una larga paz bajo el gobierno de los príncipes de la familia Justiniani, y sus habitantes celebraban sin desconfianza las fiestas de Pascuas, cuando los turcos cayeron de improviso en medio de ellos, y entregaron la isla al saqueo.

El reverendo padre Timoteo Justiniani, obispo de Scio, viendo á los bárbaros avanzar en la iglesia hasta el pié del altar, se apoderó del Santísimo Sacramento, pronto á arrostrar mil muertes antes que permitir una profanacion. La actitud de este viejo pareció tan imponente, que se retiraron con respeto. Esta fué, por otra parte, la sola resistencia que encontraron los turcos. La poblacion consternada, tendió las manos á las cadenas que se le llevaban. La familia entera de Justiniani fué aprisionada y conducida á Caffa.

Los dos príncipes mas jóvenes, de edad de diez á doce años, fueron bien pronto sacados de la prision, y destinados á ser educados á la vista del sultan, en la religion musulmana. Se les prometió restablecerlos en los Estados de sus padres, si consentian en renegar de su fé y arrastrar mas tarde sus pueblos á la apostasía. Las caricias no sedujeron á estos dos generosos niños; se apeló á las amenazas, y se siguieron bien pronto los mas duros tratamientos. Su constancia no se quebrantó, sino que fortificada mas y mas, escucharon sin temblar el decreto que los condenaba á morir bajo el látigo de los verdugos. El mas joven de estos dos príncipes habia ya empezado á sufrir su suplicio, cuando suspendieron de nuevo los golpes para ofrecerle la vida, si consentia solamente en levantar el dedo en señal de obediencia á los mandatos del gran señor. Desgarrado y espirante como estaba, el niño cerró su mano y pidió la muerte.

(1) Por el vizconde de Falloux.

te, que no se hizo esperar. Su hermano, abandonado sobre el suplicio antes de espirar, sufrió tres dias de agonía, sin cesar de pedir á Dios que le acordase la gracia del martirio. No dudeis, pues, que estos nobles niños habian sido confirmados; tenian el valor y las convicciones, que solo del cielo pueden venir.

DON DE CIENCIA.—La ciencia que viene del Espíritu Santo es la que hace los santos. Es una luz sobrenatural que nos pone en camino de conocer á Dios, nuestros deberes y nuestro destino.

Conocer á Dios, tal como es, frente á frente del cielo, es la soberana, la eterna felicidad de los escogidos. Conocerlo de otro modo de como él se digna revelar acá abajo, es la dicha mas grande que el hombre puede gozar sobre la tierra, y el medio mas eficaz para convertirse en santo.

Esta ciencia de salud debe colocarse antes que todas las ciencias de los sabios; y comparados con ella, los conocimientos mas vastos y elevados del genio del hombre, no son mas que vanidades.

Que la palabra vanidad, que he escogido espresamente, no os haga creer, que nuestra santa y divina religion desdeña las ciencias humanas, lejos de ello, las ama, las patrocina, porque ellas tienden á demostrar la grandeza, el poder, y la bondad del Soberano Creador de todas las cosas; pero, otorgando su poderoso apoyo á los trabajos del espíritu, las pone en su lugar, bien inferiores á esta ciencia que nos viene del Espíritu Santo; porque el Evangelio nos enseña, que *una sola cosa es necesaria, que es, salvar el alma*. El talento de esta ciencia no se aprende en las escuelas; nos viene de lo alto y lo recibimos con el sacramento de la confirmacion; tambien este conocimiento del camino que conduce al cielo, se encuentra frecuentemente en el centro de los campos, bajo el bálago de las cabañas, allí donde habita y trabaja el labrador. Sí, bien frecuentemente se hallan en estos pobres lugarejos, mugeres encorvadas bajo el doble peso del trabajo y de los años, y labradores llenos de canas, que sabiendo apenas el *Padre nuestro* y el *Ave Maria*, poseen sin embargo esta ciencia. ¿Y quién se las ha enseñado? ¡Oh Dios mio! El catecismo de los niños, la plática de su cura y la gracia del Espíritu Santo. Olvidaba que los sufrimientos, y sobre todo, la miseria, habian sido para ellos, como dos maestros rudos y severos, cuyas lecciones no han sido vanas. En sus pruebas habrán rogado, y sus plegarias al Dios de los sufrimientos, habrán hecho descender sobre su alma la resignacion; y la sumision á la voluntad del Señor, les habrá ganado esta ciencia de salud.

Un ejemplo que prueba, que las almas sencillas y los corazones puros reciben con preferencia á otros el *don de ciencia*, es este, que ocurrió un dia al venerable obispo de Perpignan, Monseñor Flammenville. Una

pobre jardinera habia venido á encontrarle en la comunidad de San Sulpicio; allí se empeñó entre el sabio prelado y la paisana una conversacion religiosa, y en todo lo que decia la jardinera, habia tal sublimidad de pensamientos, que el prelado asombrado y lleno de admiracion, escribió palabra por palabra la paráfrasis que esta buena y piadosa muger acababa de hacerle del *Padre nuestro*.

Nos ha parecido tan admirable, que trasladamos aquí algunos pasajes, sin embargo de que se encuentra en algunos libros devotos.

I. *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

“¡Soy demasiado feliz, Dios mio, en gozar la dicha de teneros por Padre, y mi alegría es extrema, soñando que el cielo puede ser algun dia mi morada! ¡Hacedme la gracia, Dios mio, de no dejarme desmerecer del carácter de vuestra hija; no permitais que yo haga cosa que me prive de tan gran dicha!”

II. *¡Santificado sea tu nombre!*

“¡Dios mio: yo no soy mas que una pobre muger, y por consecuencia fuera de estado de poder por mí misma santificar vuestro santo nombre; pero deseo con todo mi corazón, que sea santificado por toda la tierra!”

III. *Venga á nos ese tu reino.*

“Yo deseo, mi Dios, que reineis al presente en mi corazón, por vuestra bondad, para que yo pueda reinar eternamente con vos en la gloria.”

IV. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*

“¡Dios mio! Vos me habeis condenado á ganar mi vida con el trabajo de mis manos: acepto, Señor, esta desgraciada condicion, y no la querré cambiar por otra, contra vuestra santa voluntad.”

V. *El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy.*

“¡Dios mio! Os pido tres clases de pan: el de vuestra divina palabra, para aprender lo que debo hacer: el de la santa Eucaristía, que fortifique mi alma; y el que me es necesario para alimentar y sostener mi cuerpo; y os prometo, mi Dios, que despues de haber tomado el que me es necesario, dar el resto á aquellos que puedan tener necesidad de él.”

Preguntamos, pues: ¿la inspiracion divina, no se muestra toda radiante en esta plegaria, y un sabio doctor en teología, pudiera demostrarnos mejor que esta labriega, todo lo que contiene la divina oracion que nos ha dejado nuestro Señor Jesucristo.....?

Ya que me he puesto á citar ejemplos de fé recojidos como las flores campestres, lejos de la corrupcion de las ciudades, no cometeré la ingratitud de negar mis recuerdos á esos pueblos católicos y realistas, que tengo elogiados y ensalzados en mi juventud. En tiempos de revolucion, nada es mas difícil que hacer uno su deber; porque es difícil saber, en me-